

Filosofía de la Ilustración. (Antecedentes de la Revolución Francesa)

Francisco Piñón Gaytán

Génesis y marco general

El conocimiento sobre la *naturaleza* y lo *natural* había progresado considerablemente ya desde el siglo XVI, gracias a un intento sistemático, aunque no generalizado, de algunos pensadores por separar del influjo de la cosmovisión medieval toda interpretación sobre el hombre y su mundo.

Si Dante (1265-1321), Petrarca (1304-1374) y Bocaccio (1313-1378) preparan en literatura el elegante retorno a la antigüedad clásica, Guillermo de Ockam y Marsilio de Padua asestan un golpe de muerte a la doctrina de los universales y al ecumenismo papal: esta filosofía medieval del derecho universal, ya despojada de su ropaje eclesiástico, propiciaría la formulación de la futura doctrina de los *derechos del hombre*.

A partir de 1450, por el empuje del nominalismo y del humanismo, fueron creciendo paulatinamente los conatos por encontrar una nueva visión del hombre y de la sociedad.

Bajo el influjo de las humanidades clásicas, el mundo renacentista presenta un nuevo rostro. La arquitectura, la pintura y la música imitan los lineamientos del arte grecolatino y florecen nombres tan relevantes como Brunelleschi, Donatello, Miguel Ángel, Leonardo de Vinci, Palestrina. En plena efervescencia política y social parece encontrarse el valor de la *individualidad* y del *individuo*.



Al mismo tiempo, se presenta en escena una filosofía diferente de la física y de la metafísica aristotélicas: Paracelso, Telesio y Campanella transforman la lógica, la metodología y la filosofía natural; Maquiavelo haría lo propio en el campo del derecho social y político, y Giordano Bruno en el de la metafísica.

En la observación, la inducción y la experimentación prevalece el método mecánico-matemático. Galileo, Copérnico, Newton y Kepler fueron los primeros en aplicarlo. Este mismo método fundamentaría, en la segunda mitad del siglo XVII, el racionalismo filosófico de Descartes, Espinoza y Leibniz y el materialismo y empirismo de Hobbes y Locke.

Por otra parte, Francis Bacon (1561-1626) ya había demarcado, en contraposición a varios "ídolos", el conocimiento propiamente científico respecto de los principios metafísicos; y con su *Novum organum* (1620) estableció los primeros cimientos del método experimental. Hobbes (1588-1679) haría esta separación en lo tocante al orden social y jurídico. Y anteriormente Descartes (1596-1650), preconizando la duda metódica e insistiendo en la autonomía del juicio individual, sentaría los fundamentos del racionalismo posterior, sobre todo en su *Discurso sobre el método* (1637), donde analiza las reglas esenciales "para dirigir correctamente la propia razón y buscar la verdad en las ciencias".

De aquí en adelante se acelera el progreso. Los secretos de la naturaleza fueron cayendo uno detrás de otro. En 1695, con la utilización del microscopio, se explora la inmensidad de aquello que provocaba a Pascal una sensación metafísica: lo "infinitamente pequeño"; mientras tanto Newton, con la publicación de los *Principios matemáticos de la filosofía natural* (1687), intenta explicarse la estructura del universo.

En nombre de la razón

Fueron Locke (1632-1704), Berkeley (1685-1763) y Hume (1711-1776) quienes desde Inglaterra supeditaron los fundamentos teóricos, *en nombre de la razón autónoma*, a esta nueva filosofía: ya no el autoritarismo de los poderes eclesiásticos, sino la luz natural de la razón; ya no el despotismo de los poderes regios, sino el encuentro de la soberanía en la entidad llamada *pueblo*. El siglo XVIII recogió toda la tradición "naturalista" y "racionalista" de los siglos XVI y XVII; y sus escritores, sobre todo los agrupados en la *Enciclopedia*, sacaron de esta *iluminación* o *ilustración* sus más radicales consecuencias: Voltaire (1694-1778), Montesquieu (1689-1755), La Mettrie (1709-1751), Diderot (1713-1784), Helvetius (1715-1771), Condillac (1715-1780), D'Alembert (1717-1783), el Barón de Holbach (1725-1789) y Rousseau (1712-1778), para citar a los principales. Todo un escuadrón de ilustres pensadores que arrojaron a un lado el espiritualismo cartesiano y recogieron sus tendencias racionalistas para desembocar, algunos en un materialismo mecanicista del cosmos y del hombre, y otros en el campo estrictamente del pensamiento político. Enarbolaron la palabra *libertad* como canto de batalla.

Progreso, razón, derecho, ciencia, verdad, igualdad y libertad son los lemas inconclusos de esta época y Francia su principal centro creador.

Locke y sus discípulos impulsan esta filosofía de la *Ilustración* en Inglaterra, misma que arraiga prácticamente durante la revolución gloriosa de 1688, con Guillermo de Orange, y con la libertad de imprenta, en 1694.

Esta nueva mentalidad "liberal", justificadora de la naciente revolución industrial inglesa sería exportada a la Francia absolutista de los Luises —sobre todo por Voltaire y Montesquieu—, ya preparada culturalmente

por Montaigne, Gassendi y Descartes. Después, cruzando los confines de Francia, llegaría a Berlín, gracias al mismo Voltaire; a Pietroburgo, por conducto de Diderot; y a la filosofía alemana, por medio de la influencia de Rousseau en Kant.



Características esenciales de la Ilustración

1. *Un esfuerzo especial por liberarse de la tradición y lograr el espíritu de libertad en el orden económico, político y religioso*

Es el siglo de la razón. Los filósofos, con el arma de la crítica racional, atacan el ordenamiento económico de la sociedad. El fisiocratismo de Quesnay con su tratado sobre el *Derecho natural* (1765), o Mercier de la Riviere con *El orden natural y esencial de la sociedad política*, para hablar de los franceses.

En Inglaterra, el libre comercio propugnado ya por Hume y abiertamente canonizado por el liberalismo económico de Adam Smith perfila el ideal de una clase social en pleno desarrollo económico. No es otro el propósito de su *Ensayo sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776).

En realidad, todo genio cultural de este periodo iluminista aceptaba el reto de lo nuevo.

Si la clase media en la Inglaterra del siglo XVIII imponía sus condiciones y su derecho en la participación del gobierno, en Francia, ni Richelieu ni Mazarino ni Colbert podían sostener un combate eficaz en defensa del antiguo régimen. Era el evangelio de la libertad civil, ensalzado por Voltaire y los enciclopedistas, lo que resquebrajaba todo el edificio de un sistema político que ya no resistía el empuje de un mundo nuevo que ya no tenía nada de adolescente.

Era el intento de encontrar una forma de gobierno *natural*, que correspondiese a los diseños de la física de Newton, y éste no era ciertamente el absolutismo político de los reyes. Lo que en realidad cantaban las seis ediciones de la *Enciclopedia* era una nueva moral para el hombre de negocios. Un nuevo código legal y un sistema moderno de pesas y medidas. Era el *laissez-*

faire, que de tímida tendencia se convierte en movimiento arrollador.

Este ascenso de la burguesía hacia la toma del poder político lo reconocía Voltaire en sus *Letras inglesas* (1734); Jaurés en su *Historia socialista*; y lo resumía Barnave magistralmente al afirmar que una nueva distribución de la riqueza comporta siempre una nueva distribución del poder.

En efecto, hacia la mitad del siglo XVIII la burguesía domina la economía francesa. El desarrollo de las fuerzas productivas la llevó al primerísimo puesto en la sociedad. La industria le debe su desarrollo y es ella la que controla las finanzas y el comercio. Y en relación con la agricultura, es la burguesía la que comienza la era de la agricultura capitalista; y son sus pensadores, los fisiócratas, los que con sus protestas en la *Enciclopedia* hacen posible la creación, al decir de Marx, de la economía política.

Sin embargo, en la sociedad francesa, a pesar de que la burguesía ocupa, por sus actividades económicas, un puesto relevante, todavía se encuentra relegada en cuanto a derechos estrictamente "políticos". La sociedad del antiguo régimen es esencialmente aristocrática. El *Tercer Estado* (compuesto por los elementos más activos de la nación) políticamente no es nada, pero, por otro lado —como lo escribió el abate Sieyès en los albores de la Revolución— lo es todo. La aristocracia ya no era sino un elemento parásito.

Ante este marco, la burguesía, sabedora de su fuerza, reivindica su lugar en la historia: exige la supresión de privilegios y la igualdad de derechos. Sin embargo, conviene precisar que tales derechos no se refieren a todo el pueblo; son garantías que pelea la burguesía respecto de la aristocracia. Los filósofos de la Ilustración desean, sí, mejorar las condiciones sociales, racionalizar la organización social, pero su "humanis-

mo" y su "beneficiencia" se enfocan a las empresas económicas de la burguesía. Su igualdad natural no comporta la igualdad política y social para todos. Más aún: a esta igualdad, con excepción de Rousseau, la juzgan peligrosa y quimérica.

2. *Los trovadores, por ser representantes ideológicos de la burguesía occidental europea, aunque no sean demócratas en sentido pleno, o sea, los filósofos enciclopedistas, al disertar acerca del progreso y la libertad minan poco a poco los sentimientos monárquicos en las capas populares*

A pesar del "despotismo iluminado" de un Federico II de Prusia, de un José II de Austria, de una Catalina II de Rusia o de un Gustavo III de Suecia, se difunden las ideas que formarán la mentalidad requerida para la gran revolución. Es el siglo de las nuevas palabras: felicidad en el equilibrio, de Montesquieu; la política del sentido común, de Voltaire; o el "buen salvaje" de Rousseau. Y es en la *Enciclopedia* donde se



retrata esta nueva mentalidad. Diderot, su fundador, con sus sueños de evolución y progreso ilimitado, llama a colaborar a científicos como D'Alembert y Buffon, a economistas como Helvetius y a materialistas radicales como Holbach.

La *Enciclopedia*, por otra parte, no hace sino recoger las dudas y las incertidumbres de la burguesía en materia política. A la teoría de la monarquía del derecho divino, opone aquélla de la soberanía nacional: el monarca no es sino el mandatario de la nación; recibe su autoridad "de las leyes de la naturaleza y del Estado". Oscila, a veces, entre la monarquía mitigada y el despotismo iluminado: "feliz el Estado cuando su rey será filósofo —leemos en la *Enciclopedia*— o cuando un filósofo será rey". Todavía no se escucha el grito democrático roussoniano.

3. Un optimismo exagerado que se finca en las fuerzas de la razón propicia la secularización de la cultura en todos los órdenes: novela, teatro, filosofía y política son las mejores armas

La llamada *autonomía individual* dará origen, en política, a la famosa declaración de los derechos del hombre. La razón de Estado será la norma de la nación, y la nueva concepción del derecho natural desembocará en el postulado sobre la tolerancia y la libertad de conciencia, tema ya anteriormente tratado por Espinoza, Puffendorf y Thomasius y volcado en toda Europa por el genio de Voltaire.

La burguesía del siglo XVIII restaura los derechos de la razón de los hombres del Renacimiento: opone al ideal místico de la salvación en la vida futura, el objetivo de la felicidad terrenal por medio de la inteligencia y la razón. Fieles al pensamiento cartesiano, tienen por única actividad la del dominio de las fuerzas naturales y el

acrecentamiento de la riqueza general. Frente a la moral cristiana, ellos defienden la moral laica, simplemente natural y humana, cuya base es la utilidad, no precisamente la egoísta, sino la del "mayor número".

Si Descartes explicaba el mundo únicamente por medio de la materia (extensión inerte) y del movimiento que le venía de fuera, o sea, de un Dios, para D'Alembert, Diderot, Helvetius y Holbach materia y movimiento son inseparables. Todos los fenómenos se pueden explicar con las leyes científicas que rigen precisamente a la materia y el movimiento. Por consiguiente, el primer motor de la filosofía escolástica ya no era necesario. Dios venía a ser una hipótesis superflua. "Aquello que llamamos materia viviente —exclamaba Diderot— ¿no será, tal vez, tan sólo una materia que se mueve por sí misma?"

Esta misma visión materialista aparece también en la teoría del conocimiento. Los pensadores de esta teoría atacan las ideas innatas de Descartes; atribuyen el origen del conocimiento ya no a la sensación ni a la reflexión —como lo hiciera Locke—, sino puramente a la sensación. "El hombre no trae consigo al nacer —escribe Diderot en 1752— ni conocimiento, ni reflexión, ni ideas". De innato no tiene sino la facultad de sentir y de pensar: el resto es adquirido.

Por otro lado, este materialismo del siglo XVIII no es ni dialéctico ni histórico. No consideraban ni al mundo, ni al hombre, ni a la sociedad en su *proceso histórico*. Difícilmente podían escapar de una visión mecanicista, dadas las condiciones de la evolución económica y social. No veían otra lucha sino aquella de la razón contra los prejuicios o de la injusticia contra la intolerancia.

Para trascender este materialismo de los mecanicistas de la *Enciclopedia*, sería necesaria otra filosofía radicalmente diversa: aquella que permanece inseparable del movimiento histórico.

Libertad formal, no real

La *Enciclopedia* no fue sólo un himno al progreso técnico, ni a la autonomía de la razón; también significó un canto al utilitarismo y a la libertad. Fue la voz del capitalismo naciente; y la libertad económica constituía una de sus reivindicaciones esenciales. Mas el triunfo del propietario de capital industrial, al tomar el poder político en la Revolución Francesa, olvidaba sus sueños de libertad efectiva para todos los hombres.

Una revolución política, sin duda, y no una revolución social. Abajo de esa nueva clase industrial quedaba el proletariado, libre ante la ley pero encadenado ante la economía.

Instaurado el reino de la burguesía, al consumarse la revolución aparecieron las contradicciones de la nueva sociedad. El proletariado desarrolló su conciencia de clase, y la burguesía abandonó entonces también la posición ideológica de sus "filósofos". Habiendo li-

quidado definitivamente a la aristocracia, hace a un lado también sus armas. La libertad que cantara la *Enciclopedia* se tornaba peligrosa. El enemigo a vencer ya no era el aristócrata, sino el proletario. Por eso, la última reedición de la *Enciclopedia* fue la de 1832. La filosofía del siglo XVIII, aquella que exigía el poder de la razón sobre la naturaleza y la sociedad (una vez utilizada por la burguesía), quedó relegada. Serían otros quienes recogerían su herencia. Serían otros que, como los filósofos de la Ilustración, rechazarían, por la razón y por los movimientos de la historia, todo lo degradante para el hombre.

Mientras tanto, el proletariado, que sólo había conseguido una igualdad *formal* en leyes y constituciones, preparaba su destino histórico. Delinearía poco a poco los contornos de una nueva filosofía cuyo trasfondo fuera romper no ya únicamente las trabas de tipo legal, sino las cadenas de la moderna explotación capitalista.

